

X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2018.

Los crímenes “inmotivados” de Luis Melogno. El pasaje al acto homicida como regulador del goce en un caso de esquizofrenia.

Carbone, Nora Cecilia y Piazzese, Gaston Pablo.

Cita:

Carbone, Nora Cecilia y Piazzese, Gaston Pablo (2018). *Los crímenes “inmotivados” de Luis Melogno. El pasaje al acto homicida como regulador del goce en un caso de esquizofrenia. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-122/394>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewym/Kkp>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LOS CRÍMENES “INMOTIVADOS” DE LUIS MELOGNO. EL PASAJE AL ACTO HOMICIDA COMO REGULADOR DEL GOCE EN UN CASO DE ESQUIZOFRENIA

Carbone, Nora Cecilia; Piazze, Gaston Pablo

Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Psicología. Laboratorio de Psicopatología y Psicoanálisis. Argentina

RESUMEN

El presente trabajo se propone explorar la estructura y función del pasaje al acto homicida en un sujeto esquizofrénico, desde una perspectiva psicoanalítica de orientación lacaniana. Para ello, se tendrá en cuenta la operación diagnóstica que permite captar tanto la particularidad de la posición del sujeto en el lenguaje como la singularidad de sus sucesivas respuestas para paliar la falla de lo simbólico a la hora de tratar lo real. En tal sentido, se intentará aprehender las coordenadas que hicieron fracasar la solución imaginaria mantenida por el sujeto hasta el momento del pasaje al acto, el valor resolutivo del mismo con respecto al goce y los peculiares modos de subjetivación posterior, que le otorgan una nueva estabilidad a su existencia.

Palabras clave

Esquizofrenia - Pasaje al acto - Goce

ABSTRACT

THE “UNMOTIVATED” CRIMES OF LUIS MELOGNO THE PASSAGE TO THE HOMICIDAL ACT AS A REGULATOR OF ENJOYMENT IN A CASE OF SCHIZOPHRENIA

The present work intends to explore the structure and function of the passage to the homicidal act in a schizophrenic subject, from a psychoanalytic perspective of Lacanian orientation. For that purpose, it will be taken into account the diagnostic operation that allows capturing both the particularity of the subject's position in the language and the singularity of its successive responses to alleviate the failure of the symbolic when dealing with the real. In this sense, an attempt will be made to apprehend the coordinates that made fail the imaginary solution maintained by the subject until the moment of the passage to the act, the resolutive value of the same with respect to the excess satisfaction and the peculiar modes of subsequent subjectivation, which give it a new stability to its existence.

Keywords

Schizophrenia - Passage to the act - Excess satisfaction

Introducción

El interés por establecer el valor clínico y psicopatológico de las conductas homicidas ha sido una constante en la historia de la psiquiatría y, sobre todo, en la escuela francesa de la primera mitad del siglo XX. Lo mismo sucedió en el campo del psicoanálisis de orientación lacaniana, que introdujo una torsión sobre el punto de

vista descriptivo dominante en las concepciones previas a su advenimiento. Así, la expresión psiquiátrica “pasaje al acto” -acuñada para caracterizar ciertas formas auto o heteroagresivas de la acción- cobró nueva luz a partir de la lectura propuesta por Jacques Lacan, al ser capturada en el entrecruzamiento de los tres registros y correlacionada con conceptos clave como el de goce y objeto *a*. Gracias a estas herramientas conceptuales el pasaje al acto alcanza un valor trans-clínico, a la vez que puede ser precisado de modo diferencial según la estructura subjetiva en juego. Se trata entonces de examinar los resortes causales y la función del pasaje al acto homicida, con las respectivas declinaciones fenoménico-estructurales que pueden hacerse de acuerdo a la particularidad de la configuración clínica en la que se inscribe, y de acuerdo también a la singularidad del caso.

El presente trabajo se ubica en esta línea y se propone cernir la estructura y función de una serie de crímenes “inmotivados”, cometidos por un sujeto psicótico a principios de los años '80 en nuestro país. Para ello, nos valdremos del texto construido por el escritor Carlos Busqued en su libro “Magnetizado”, quien, a partir de grabaciones de entrevistas, documentos forenses y crónicas de la época, nos brinda un precioso material de exploración sobre el papel regulador del goce que cumple el pasaje al acto en la variante esquizofrénica de la psicosis.

Los “hechos”

En el transcurso de una semana de septiembre de 1982 se produjeron, en la ciudad de Buenos Aires, cuatro asesinatos. Las víctimas, todas ellas taxistas, fueron encontradas sobre el asiento delantero de sus vehículos, con un orificio de bala en la sien derecha y sin presentar evidencias de robo, más allá de que siempre faltaba el documento de identidad del conductor y los papeles del automóvil. Quince días después, el asesino fue entregado a las autoridades por su padre y su hermano: se trataba de Ricardo Luis Melogno, un joven de 20 años que confesó de inmediato y sin emoción la autoría de los crímenes, aunque no pudo dar explicación alguna sobre los motivos de los mismos.

Tres de los homicidios fueron cometidos en Capital Federal y el cuarto en la provincia de Buenos Aires, lo que dio lugar al inicio de causas judiciales en dos fueros distintos. La imputación de los hechos dependía de los informes periciales psicopatológicos, cuyos resultados fueron dispares: “personalidad anómala”, “trastorno esquizotípico de la personalidad”, “síndrome esquizofrénico sobre personalidad psicopática”, “trastorno de personalidad antisocial

con núcleos esquizoides”, “psicópata esquizo perverso histérico” “autista”. La diversidad de diagnósticos, que pone en evidencia el extravío de los profesionales intervinientes, tuvo el increíble corolario de dos sentencias opuestas; la del fuero federal, que lo declaró inimputable, y la del provincial, que lo consideró responsable y lo condenó a cadena perpetua.

Como bien lo señala el propio Melogno, la principal dificultad para esclarecer su relación con los abominables actos giraba en torno a la ausencia de razones para cometerlos. “Si yo hubiera dicho que maté para robar estaría en libertad hace 15 años. O que lo hice por placer. Habría una lógica. Pero no recuerdo ninguna causa o detonante (...) no tengo nada contra los taxistas. Nunca (los) odié, nunca me hicieron nada (...) no podría decir por qué les tocó justo a esas personas”.

La perplejidad de este sujeto frente a sus actos -que se ha mantenido intacta hasta el momento actual-, evoca rápidamente el texto de Paul Giraud acerca de los “homicidios inmotivados”. Verdaderos “crímenes del ello”, invitan a rastrear su determinismo inconciente y a ponerlo en función de la estructura subjetiva.

La lógica del pasaje al acto.

La importancia de la operación diagnóstica

En un texto ya clásico sobre el pasaje al acto, J.-A. Miller afirma que debemos a Lacan la despsiquiatrización de este concepto y, aún más, su generalización. Esto es así porque todo acto -el suicidio, el asesinato o, incluso, el acto analítico- supone un franqueamiento, es decir, algún modo de transgresión, y también una separación del Otro, en tanto que lo que se produce allí se sustrae de la dialéctica del reconocimiento y abandona todo equívoco del pensamiento, de la palabra y del lenguaje. Pero, por sobre todas las cosas, Lacan llama *acto* a aquello que apunta al corazón del ser, a saber, el goce. Así, la clínica lacaniana del acto pone en cuestión el postulado de que el sujeto quiere su propio bien y muestra, por el contrario, cómo hay algo en su interior que trabaja para la destrucción.

Tal universalización del acto no anula, sin embargo, la importancia de realizar una clínica diferencial. Hay razones psicopatológicas, clínicas y, en ocasiones, también terapéuticas, que así lo indican. Efectivamente, la relación con el Otro de lo simbólico y con el goce admite diversas declinaciones de acuerdo a la estructura en juego, así como las coyunturas dramáticas que precipitan el acto y su posterior subjetivación requieren de precisiones relativas a la singularidad de cada caso. Es en este punto donde, creemos, radica la trascendencia y la especificidad de una operación diagnóstica orientada desde el psicoanálisis.

Teniendo en cuenta lo anterior, y en relación a este caso: ¿cuál era el vínculo de Melogno con el universo del lenguaje?; ¿cuál la índole del goce que lo habitaba?; ¿qué puede decirse sobre las coordenadas estructurales de los acontecimientos biográficos que espolearon sus actos homicidas y sobre la función de estos en su economía subjetiva?

“Emocionalmente, un adoquín”

Según la crónica de Busqued, Ricardo siempre fue un muchacho “raro”. La constante intrusión de una madre fanática y violenta, “que usaba la religión como arma”, y el continuo sentimiento de unas

“presencias” que lo aterrorizaban, jalonan una infancia infeliz y solitaria. Lejos de un mero retraimiento, su soledad -que se extendió hasta entrada la juventud- mostraba rasgos bien particulares. “Jugaba siempre solo, murmuraba, hablaba solo, sin darle bola a nadie (...) había una total falta de atención de lo que pasaba alrededor. No vivía en el mundo (...) mentalmente estaba en otro lado. Por momentos el alrededor se borraba (...) no me interesaba nada. Me faltaba el instinto de conservación, no aprendía de mis errores”. Esta particular posición, en la que el vínculo con el entorno aparece radicalmente deslbidinizado, recuerda la aguda observación de Eugenio Minkowski, que hizo de la “pérdida del contacto vital con la realidad” el síntoma fundamental y generador del conjunto del cuadro clínico esquizofrénico desarrollado inicialmente por Bleuler. ¿Cómo pensar el peculiar desapego de nuestro sujeto, para quien todo “era bastante lejano, sin sentido, sin nada que (lo) emocionara”? Lacan brinda una inestimable aproximación estructural a esta brutal experiencia, cuando en los años '50 articula la desvitalización schreberiana -“el desorden provocado en la juntura más íntima del sentimiento de la vida” (Lacan, 1958: 540)- con la forclusión del Nombre del Padre, y convierte a aquella en un efecto imaginario de la elisión del falo en lo simbólico. Años más tarde, cuando avanza sobre el problema de lo real y la esquizofrenia se vuelve “la medida de la psicosis” (Miller, 1993, 8), su concepto de discurso permite una nueva lectura sobre este problema. Definido como un modo de lazo social, el discurso es también una forma de “hacer con” el goce, lo que le otorga consistencia y puede actuar en calidad de un Otro que, en esta axiomática, “no existe”. Para recubrir esa inexistencia con un semblante de Otro, “es necesario que algo del goce sea transpuesto allí, [pues] los discursos sólo reemplazan el saber instintivo, abolido en la condición humana, si hay un goce “tratado” (Zenoni, 2004: 19). En estas nuevas coordenadas, el esquizofrénico, aquel que no cuenta “con el auxilio de ningún discurso establecido” (Lacan 1973: 498), falla a la hora de transferir el goce a los semblantes. En su caso, el significante no tiene la propiedad de anular el goce del viviente para proyectarlo en un discurso determinado. Según otra fórmula de Lacan, el objeto *a* no ha sido extraído, y la consecuencia de ello es que la “realidad”, como uno de los nombres de los semblantes del Otro que no existe, se revela entonces como un artificio vacío.

Podría decirse que Melogno es un esquizofrénico minkowskiano, si nos atenemos al relato que hace sobre su yerma existencia, en la que ocupa el lugar de “un adoquín emocional”, “un autómatas”. Pero también lo es, si se tiene en cuenta otro aspecto de su vivencia, que parece tener una provisoria función estabilizadora y que encuadra por ello en la idea de *compensación*, certeramente delimitada por el fenomenólogo polaco. Y decirnos *provisoria*, porque como veremos, es su falla como solución la que pone a este sujeto a las puertas del pasaje al acto.

“Un mundo alterno”

Schreber construyó, a partir del significante “almicidio”, una salida delirante parafrénica que le posibilitó la restauración imaginaria de la relación mortificada con su propio cuerpo y con la realidad. En cambio, el trabajo de sujeto de Ricardo para afrontar su quebrantamiento vital, fue de otra naturaleza. Ya Minkowski nos advertía sobre la existencia de ciertas manifestaciones “de orden reactivo” ca-

racterísticas de la esquizofrenia. Según sus propios términos, “una vez cavado un agujero en el psiquismo, este moviliza sus medios de defensa para llenarlo en la medida de lo posible” (Minkowski, 1927: 151). Se trata de las llamadas “compensaciones” esquizofrénicas, cuya función contribuye a crear cierto “equilibrio”. Entre ellas, se recorta una que se halla presente en el caso que nos ocupa.

Durante toda su adolescencia Melogno desplegó una intensa actividad fantaseadora: “Me hacía películas (...) iba y venía arreglando las mismas historias (...). Para mí toda la vida era medio eso”. Con una implacable lucidez, distingue su ensoñación de las fantasías que cualquiera pone en marcha “para escapar del momento”. “Yo ya no estaba en el momento”, dice, “ese estado venía hacia mí (...) La fantasía normal tiene siempre un muro, una traba que te impide cruzar al otro lado. Yo no tuve eso, no hubo ninguna cosa que me detuviera (...) Fantaseaba con ser alguien, cosa que en la vida real yo no era”. “Mundo alterno” exteriorizado, rígido y sin apuntalamiento en la realidad, que, no obstante, “lo tocaba adentro”, ofreciéndole el contento y la emoción drásticamente ausentes en su lazo social. Mundo precario, podría agregarse, en la medida en que, tal como señala Minkowski, las denominadas “actitudes esquizofrénicas” -entre las que se incluye este tipo de ensueño mórbido- suelen ser de alcance muy modesto y fallido.

Ahora bien, cabe preguntarse cuál ha sido, para Melogno, la coyuntura a partir de la cual este modo imaginario de tratamiento de goce se revela como ineficaz y conduce a la necesidad de una respuesta en otro registro.

“El desastre”

A sus 20 años, Ricardo concluye el servicio militar. Este deber ciudadano -que como demuestra la práctica, frecuentemente oficiaba de acontecimiento biográfico desencadenante de la psicosis clínica- complementa, en este caso, la frágil estabilización esquizofrénica: “Dos años de un mundo estructurado, el servicio militar. Un mundo armado que mal o bien es un sistema que te encajona y te mantiene. Dos años así. Y de repente salgo, estoy dos meses en el mundo real, ... y gran desastre”. En la colimba podía “acovacharse”, ya que el trabajo mecánico y solitario que se le exigía le permitía continuar con su “no estar ahí”. Pero afuera, había que “empezar de cero”. En el crudo contexto de la crisis económica de la posguerra de Malvinas, su padre “le arma” un negocio de despacho de pan y lácteos, le dice “hacete cargo” y le da una pistola para que se defienda.

La exigencia de simbolización que supone esta encrucijada vital derrumba la endeble solución que daba medida, imaginariamente, a un goce hasta el momento en déficit. “El otro mundo no te da de vivir, no te sirve para vivir (...) es distinto cuando sos grande y tenés que rendir en un trabajo o en una familia (...) si estás todo el día en ese mundo paralelo, terminás arruinado, hecho mierda, solo como un adoquín o viviendo en la calle”. El “desastre” que tiene lugar a partir de esta feroz constatación es el de una desregulación “a dos vías”, sobre la cual el pasaje al acto va a intentar operar: por una parte, recrudece el sinsentido, todo se vuelve lejano y más desprovisto de emoción que nunca. Ricardo abandona su trabajo y pasa a vivir en situación de calle, otra vez como un “autómata”, caminando noche y día sin parar, casi sin comer, y sin “estar en ningún lado”. Durante

el mes previo a los crímenes, asegura haber estado “ausente, en el limbo”. Su incesante deambular le produce una llaga en la planta del pie. Con esa herida abierta, continúa caminando más de 20 días sin registrar el dolor, lo que da testimonio del desierto de goce en el que se había convertido su cuerpo luego de la caída de la cobertura imaginaria. Como contrapartida, el goce retorna en una “mirada” intrusiva, “una cosa que se (le) generaba en el cuerpo”, una molestia física al sentirse observado por la gente, que lo llena de inquietud, le impide dormir y lo empuja a actuar. En la misma línea, otra sensación física, que indica “el que viene es”, le señala quienes serán las víctimas: un taxista, otro más, cualquiera.

Con la prisa y la acefalía que caracterizan a todo pasaje al acto, cada homicidio se produce a la velocidad de un rayo, suspendida toda referencia temporal. Sin pensar. Incluso sin reconocerse allí, si atendemos a la aterrorizante despersonalización que experimenta Melogno tras uno de los asesinatos, cuando lo sorprende como ajena su propia mirada en el espejo retrovisor y necesita de un compás de espera para poder decir “qué boludo, soy yo”. Los “crímenes del ello” de Ricardo son, parafraseando a Miller, “en sí”, y verifican descarnadamente la condición universal del pasaje al acto, esto es, la abolición del sujeto en todas sus aristas -la del pensamiento, la de la palabra, la del reconocimiento-. Por otra parte, el sesgo iterativo e inercial de los episodios -tan calcados que parecen uno-, revela la particularidad de la estructura psicótica, en la que los fenómenos se acercan más a la figura del anélido clerambaultiano que a la del vertebrado.

Es menester agregar que si un acto implica un “pasaje”, es porque hace falta que se atravesase un umbral, es decir, que “el sujeto mismo sea cambiado por ese salto significativo” (Miller, 1993: 51). Para ello, el “en sí” del acto, siempre indiferente al futuro, debe ser re-atrapado por la significación, lo que invariablemente sucede après-coup y entraña una mutación subjetiva. Habrá que precisar entonces las facetas de la singular respuesta que, en el “después” del acto, transforma a Melogno en un nuevo sujeto.

Del mito del “monstruo” a la práctica religiosa

En una intervención realizada en la Facultad de Derecho de la UBA, Germán García afirma que “el acto criminal cambia a un sujeto de lugar” (García, 2008). Sin embargo, dicho cambio no es automático ni uniforme, sino que varía de acuerdo a la estructura subjetiva en la que se inscribe y a la peculiaridad del caso por caso -que torna único a cada sujeto-. Sin olvidar, además, la injerencia que la complementación del entorno puede tener sobre los posibles modos de subjetivación del acto. Es por tales razones, justamente, que adquiere relevancia el ejercicio de establecer una clínica diferencial en este campo.

En contraposición a Aimée, cuya heteroagresión -o mejor dicho, su consecuencia, el encarcelamiento- tuvo el efecto instantáneo, aunque no inmediato, de resolver la construcción delirante, el “cambio trascendental” de Ricardo fue “imperceptible”, una “evolución” que se dio por etapas. Al comienzo, una redistribución del goce: recupera el apetito (“celebra” que “pasó algo” con un gran banquete, fuente de una “satisfacción del después”, conservada en su memoria hasta hoy) y duerme “como un ladrillo”. Asimismo, se encuentra con una antigua empleada de su padre, a quien antaño temía, y

experimenta un inefable sentimiento de grandeza; en el restaurant, “se (le) pegan los cubiertos a la mano” y como son metálicos, concluye que está “magnetizado”. El restablecimiento de las funciones vitales y el recurso al lenguaje de órgano como intento de “reconquistar el objeto perdido” (Freud, 1915: 200), ponen de manifiesto el movimiento de relibidinización del cuerpo y del mundo, correlativo, a su vez, de un retroceso del efecto invasor de la mirada del otro. El resultado de este tratamiento de lo real -del goce- por lo real -del acto- permite que el sujeto vuelva “a la calle, pero ya (...) más *sosegado*... , ya *anclado* a un ritmo de vida, de nuevo “normal”, digamos”. De este modo, el primer efecto del pasaje al acto, al producir “una diferencia simbólica en lo real” (Miller, 1987-88) faculta la escritura de una serie de oposiciones. La “seguridad de la muerte”, como dice, lo hace sentirse vivo; “un cambio interior” lo vuelve “más fuerte” y diluye la experiencia física de ser “objeto de miradas”; pasa de la “explosión” a la “satisfacción del *después*”, instaurando una temporalidad allí donde todo era un “limbo” y él “*ya no estaba* en el momento”.

Más tarde, cuando es sometido a un sinfín de pericias y recibe la sanción del encierro, tiene lugar una curiosa subjetivación de su acto, que se sitúa en otro registro. Un día, un juez y profesor de la universidad lo llama “monstruo” en su presencia y ante los alumnos. Ricardo comienza entonces a “prestar(se) a ese juego” de hacer de tal, y arma las charlas como un “actor que lee un libreto”, sumando atrocidades a los hechos “para llamar la atención”. Este uso lúdico, casi burlón, del semblante de “loquito malo” le provee un punto de amarre social y constituye, creemos, una verdadera ironía esquizofrénica. “En una época, vi que el morbo que sentía la gente con esos hechos a mí me daba un espacio, un lugar. Ponía mi peligrosidad como tarjeta de presentación”, señala Melogno, en una frase de notable perspicacia que muestra cómo esa fingida adhesión a los rostros del Otro no es sino un rechazo. El acto atroz, reintegrado ahora en una pseudo-escena de Grand Guignol[i] que vincula al sujeto, no con el Otro, sino con su inconsistencia, cobra estatuto de maniobra, de forma de tratamiento “fuera de discurso” de aquello que de otra manera se presentaría como un real imposible de soportar.

La invención irónica del “monstruo” se mantiene durante un largo tiempo y se convierte luego en punto de apoyo de lo que parece ser el arreglo último. Como un “chiste de presos” y “por razones de supervivencia”, Ricardo comienza a “meter miedo” con la religión. El “pibe loquito” hace muñecos con ataúdes y construye un altar. Los compañeros de celda empiezan a hacerle “pedidos” y se “(va) armando el mito”. La apelación a la ironía, desplazada ahora a un culto atemorizante -“estuve mucho tiempo *pelotudeando* con el tema”-, lo sostiene en la realidad hostil de la cárcel hasta que se produce en él una “crisis religiosa”. La experiencia delirante de que los pedidos se cumplen, de que los rituales “funcionan”, lo deja primero perplejo -“cómo es que hago esto, de donde saqué esto, no era algo aprendido”- y da paso después a una especie de *Versöhnung*: Ricardo se entrega a esos “conocimientos que no vienen de esta vida” y decide “respetar la fe y practicarla en serio”. La salida, esta vez por la vía del delirio, le procura un nuevo modo de lazo social con sus compañeros, a la par que la práctica del rezo y de las ofrendas-sacrificios que de aquel se desprenden, le da “un eje” que lo “ayuda a mantener

el día a día con tranquilidad”. Pero también permite una renovada integración del acto homicida: su teoría de la reencarnación, como un “proceso de preparación y purificación de las almas”, lo dejará en paz con sus víctimas. Después de todo, los taxistas ya están “en otro plano (...) y no va a haber juicio del otro lado”.

Para concluir

Lo hasta aquí expuesto ha permitido cernir los resortes del drama de un hablanteser a quien “lo simbólico no le sirve para evitar lo real” del goce (Miller, 1993). Pero también ha quedado demostrado el tenor resolutorio de las sucesivas estrategias para darle tratamiento. La primera de ellas, juvenil solución imaginaria, se ha revelado de una eficacia duradera pero parcial, vivificando al sujeto de la ensoñación sólo en su mundo paralelo. La segunda, el crimen “inmotivado”, surge cuando el recubrimiento imaginario falla, y cumple con las premisas lacanianas de todo pasaje al acto: separa al sujeto del Otro -en cuya escena aquel nunca pudo incluirse simbólicamente- y produce una extracción del goce desregulado. La subjetivación posterior, articula en principio el acto aborrecible bajo la forma irónica de un preso “monstruoso” como una nueva compensación imaginaria, en esta ocasión con apoyatura en la realidad. Paso necesario -y al precio del encarcelamiento- para que advenga la solución última, respuesta delirante que le proporciona un nuevo lugar respecto de los vivos y de los muertos. Tal operación, aparentemente más estable que las anteriores, deja, no obstante, un saldo. Como lo dice Ricardo, “tengo pendiente ser persona”.

NOTA

[i] “Grand Guignol” fue un estilo de teatro parisino de fines del siglo XIX, que buscaba horrorizar, sacudir al espectador con entusiasmo y exageración.

BIBLIOGRAFÍA

- Busqued, C. (2018). “Magnetizado. Una conversación con Ricardo Melogno”. Buenos Aires, Editorial Anagrama, 2018.
- Freud, S. (1915). “Lo inconciente”. En *Obras completas*, Tomo XIV, Amorrortu editores, 1993, Argentina, 154-214.
- García, G. (2008). “El acto criminal cambia a un sujeto de lugar”. En *Virtualia* # 18 octubre/noviembre 2008. <http://www.eol.org.ar/virtualia/>
- Guiraud, P. (1931). “Les meurtres immotivés”, *L'Evolution Psychiatrique*, 2, marzo de 1931, 25-34.
- Lacan, J. (1958). “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En *Escritos* 2, Siglo XXI, Buenos Aires, 1987, 538-556.
- Lacan, J. (1969-70). El seminario, Libro 17, el reverso del psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós, 1992.
- Lacan, J. (1973). “El atolondradicho”. En *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012.
- Miller, J.-A. (1987-88). “Causa y consentimiento”. Clase del 20 de abril de 1988, inédito.
- Miller, J.-A., (1988). “Jacques Lacan: observaciones sobre su concepto de pasaje al acto”. En *Infatunios del acto analítico*, Buenos Aires, Atuel, 1993, 39-55.
- Miller, J.-A. (1993). “Ironía”. En *Revista Uno por Uno*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 6-12.
- Minkowski, E. (1927). “La esquizofrenia. Psicopatología de los esquizoides y de los esquizofrénicos”. Buenos Aires, Paidós, 1980.
- Zenoni, A. (2004). “La mesure de la psychose. Note sur la dite schizophrénie”. En *Quarto*, 80/81, Bélgica, 2004, 17-23.